

Pregón de las Fiestas Patronales

de la

Virgen de la Piedad

2011

de

Herrera de Pisuerga

Santiago Hortelano Pastor

[Introducción]

Señor Consejero, Señor Diputado Provincial, Señor Alcalde, Señores Concejales, Reina y Damas, Herrerenses Todos.

Mentiría si dijera que no estoy encantado de estar hoy aquí, y no puedo por menos que agradecer a todos por invitarme a dar este pregón, por permitirme recordar parte de mi vida, posiblemente la más entrañable, la de mi infancia, por estas calles y sobre todo por esta plaza mayor de Herrera de Pisuerga. Gracias muy especiales a Dorita, la concejal de cultura por su insistencia y constancia, sin la cual seguramente no estaría aquí.

Los avatares de la vida me han llevado por distintos caminos y diferentes lugares, como posiblemente ha sucedido a muchos de vosotros y sucederá con otros muchos como estas jóvenes estudiantes, pero Herrera, y más en concreto "La Plaza", de la que ya hace 160 años dijera Pascual Madoz -político liberal y escritor progresista que tanto podía ocupar el ministerio de hacienda como estar desterrado en Francia- en su *Diccionario geográfico, histórico y estadístico de España*, estas palabras: "(Herrera) tiene una plaza cuadrada con hermosas fachadas y espaciosos portales donde se colocan los granos los días de mercado". Esta plaza, digo, siempre ha ocupado un lugar privilegiado en mi existencia y eso es lo que quiero glosar hoy en este pregón que espero no se dilate mucho más de 10 minutos y que sin duda será un recuerdo compartido y añorado para los más maduros y quizás un cuento chino -pero real e instructivo- para los más jóvenes.

[La Plaza]

Nací aquí en el nº 24 de la entonces denominada plaza conde de Garay hace 66 años, y aunque ha tenido diferentes nombres siempre ha sido "la plaza" en contraposición a las placillas de los coches y de la iglesia, no solo por contener el ayuntamiento tanto el viejo de 1865, que albergaba además de las oficinas municipales, las de correos y telégrafos y las casas de los maestros; como el actual de 1954 que fue mi nuevo hogar (exactamente mi habitación estaba debajo del reloj y la llamábamos la habitación de las pesas) hasta 1982 en que por jubilación dejó don Fausto la secretaría después de 40 años de intensa dedicación. Pero esta plaza era importante porque en ella vivían personajes emblemáticos de Herrera como don Pepe que aparte de medicina general hacía pequeñas cirugías como la de extraerme una piedra de la rodilla después de caerme de la bici; don Ramón, el dentista, cuya consulta conocía a la perfección de la mano de su hijo José Luis; don José y luego don Jesús, los farmacéuticos que dispensaban medicinas en su antigua botica, luego farmacia, al lado de la carpintería de Conrado; Había bares como el casino regentado por Vicente que era la sede social y de ocio de algunos herrerenses; el bar de Claudio y Trini, y luego de mi amigo Ricardo Barcenilla, el bar 'Kuki' a su lado, y el bar de Pedro y Quiri al norte de la plaza muy activo a la hora del blanco. También había muchos negocios en la plaza como la tienda de Sra Margarita, viuda de Jubete, nuestra vecina, en la que jugaba con su nieto José Luis entre cuerdas y cueros y que me prestó unas botas nada bucólicas de cuero con suela de madera para hacer de pastor en un belén viviente; y el señor Parmenio, el de los paños, cuya tienda no es hoy más que un solar junto al arco, donde jugábamos al escondite con su nieto José Ramón ante los gritos de sus tías Carmina y Sionita; y el señor Eladio el cacharrero con su larga familia, su caballo y su carro donde llevaba y traía los cacharros que vendía; la cordelería de Santiago Lobejón y Casilda; la pescadería de la señora Vitorina, más conocida como "la coco"; la mercería de Paco Bueno, o las tiendas de los Sampedro, de paños la de Sandalio y de muebles la de su hijo Mariano; y la ferretería de Francisco y Paquita, la maestra, junto a la carpintería de Salomón, ya en la calleja. Pero sobre todo la plaza tenía, además de algunas viviendas particulares, tres personajes inolvidables: don Dimas Salvador, de porte hidalgo, dichos sentenciosos, siempre

distinguido por su bastón, su monóculo, su raya en medio y su bigote daliniano; Valeriano el barbero que al atardecer transformaba su negocio en chiringuito musical de bandurrias, guitarras, laúdes y mandolinas para alegrar las interminables veladas invernales; y por último la señora Sión que nos endulzaba el paladar con aquellos pirulises caseros de 50 céntimos de peseta. Y en medio la fuente donde los inexpertos se bañaban al intentar beber de alguno de sus caños ante la carcajada general. Y todo alrededor soportales donde jugábamos hasta el anochecer. Esto era la plaza en que yo nací y en la que pasé íntegramente los diez primeros años de mi vida.

[Las fiestas de Herrera]

Pero estoy aquí para cantar el dinamismo festivo y festero de Herrera que con los años ha visto aumentar sus festividades con la celeberrima fiesta del cangrejo, ya en su cuadragésima edición, por la que Herrera es conocida en toda España, y las más jóvenes de la fiesta romana de Pisoraca, el festival circense de Malabarria y la exaltación comarcal de la patata, en unión con la Ojeda y Boedo.

De mi infancia recuerdo con añoranza “La feria de San Zenón“, el segundo miércoles del mes de julio, con aquel colorido despliegue de animales, desde vacas y mulas a corderos y patos, en la plaza de ganados (hoy estación de autobuses) que para los niños era una clase viviente de zoología, ecología y entretenimiento;

"La del Corpus" en que se procesionaba al Santísimo bajo palio entre cánticos eucarísticos y paradas periódicas en altares improvisados embellecidos con flores y blancos manteles.

"La de Santa Ana" el 26 de julio, siempre oscurecida por la fiesta de Santiago que más tarde se reavivó con la marcha cicloturística por Calahorra y Sotobañado.

"La de San Isidro" el 15 de mayo, muy celebrada por los agricultores y hortelanos locales con procesión del santo patrón por las calles del municipio y, a veces, para hacer rogativas.

"La de San Cristóbal" con el desfile y bendición de coches y camiones engalanados con ramas de chopo y guirnalda de flores, que desfilaban por las calles de Herrera en medio del ruido ensordecedor de sus cláxones y bocinas.

Las de “Semana Santa” que amalgamaban el recogimiento de las procesiones de las diferentes cofradías por las calles silenciosas y ensombrecidas del pueblo con la algarabía de los almendreros y la audacia de los jugadores de chapas de toda la comarca en bares, castillo y soportales de la plaza.

[Fiesta de Nuestra Señora de La Piedad]

Sin embargo, recuerdo que las fiestas con mayúscula eran las Fiestas de la Piedad. Era una festividad mitad religiosa, mitad profana que ocupaba buena parte del mes de septiembre cuando la cosecha de grano ya estaba en las paneras después de segada, trillada y beldada.

Recuerdo, en la parte religiosa, aquella subida de la virgen desde la ermita hasta la iglesia parroquial el miércoles de la segunda semana de septiembre entre rezos y cánticos, con gran apoyo popular incluso de los que no frecuentaban demasiado la iglesia.

También recuerdo los días del novenario que comenzaban con el matutino rosario de la aurora, que por cierto incomodaba a muchos por el repique de campanas y los cánticos de las ave-marías a hora tan temprana, y que no terminaba como tal pues congregaba a los asistentes en una misa al alba; y la novena de la tarde con selectos y elocuentes predicadores que a veces nos hacían dormir en aquellos duros bancos de madera.

Pero sin duda la guinda de la festividad religiosa era la bajada en procesión de la imagen de la Piedad a la ermita después de una solemne misa cantada. Recuerdo a muchos penitentes, quizás debiera matizar diciendo “muchas” penitentes, con los pies descalzos y las mentes llenas de peticiones o agradecimientos, seguidas de un grupo de manolas, de luto riguroso con mantilla y peineta que precedían a la virgen como damas de honor, y la imagen radiante de la virgen que lucía su corona y su manto de gala (aquellos que se confeccionaron para su solemne coronación en 1958, en el campo de

fútbol abarrotado por más de 20.000 personas, con las joyas donadas por piadosas devotas herrerenses) aposentada en la carroza que el ebanista Julián Campo hiciera allá por los años 50, y seguida de las autoridades primero religiosas y luego civiles, y los fieles en general. Todo ello amenizado por la banda militar del Regimiento de Infantería de Burgos que daba un empaque de marcha al acontecimiento, y que finalizaba con la salve cantada tras unas palabras del predicador de turno a la puerta de la ermita. Curiosamente, el mencionado Madoz ya corroboraba en 1850 este cariño a la virgen en estos términos: "al sur (de Herrera) se halla el santuario de la virgen de la Piedad con la cual hay mucha devoción".

Y recuerdo aquellos tiempos ya lejanos en que las fiestas profanas, para entendernos las fiestas fiestas de la Piedad duraban una semana entera: La plaza se llenaba de caballitos con Antonio Molina de fondo, de casetas de tiro, y de churros y buñuelos, de puestos de melones y sandías; los pasacalles y los gigantes y cabezudos por la mañana, los toros (siempre pendientes del tiempo) por la tarde y la becerrada del último domingo para Hilarino, Sito, Sierrita o Herrerita entre otros diestros locales, siempre asesorados por el jefe de chiqueros Santiago "el pescadilla"; los conciertos de la banda militar a mediodía y al anochecer, las verbenas y los fuegos artificiales en la plaza. El miércoles de fiestas se celebraba la jornada de la comarca coincidiendo con el mercado semanal, y el jueves era el día de la gira campestre a la fuente de los caños con bocadillos de tortilla y amenizada con dulzainas, claro está si el tiempo lo permitía. Otro día había competiciones deportivas como la carrera ciclista a Villabermudo ida-y-vuelta, en que participaban sin distinción niños y mayores que pedaleaban por conquistar la copa de la victoria. Me acuerdo bien de los sinsabores de una carrera en la que consciente de mi inferioridad salí disparado con intención de abrir hueco del pelotón, pero mis fuerzas se agotaron al llegar al transformador de la Distribuidora Palentina, siendo superado por todo el pelotón y humillado me retiré para no llegar el último.

También recuerdo los invitados a la fiesta, familiares o amigos, que venían en tren para pasar toda la semana con nosotros.

En fin, que si uniéramos las celebraciones religiosas a la parte festera podríamos decir que las Fiestas de la Piedad duraban dos semanas y media. Desgraciadamente las fiestas tenían un final más amargo que el de su propia terminación pues auguraban en pocos días el final de la holganza estival y el inicio del curso escolar y, en el caso de algunos, la partida de la familia y de los amigos.

¡Ahora me comprenderéis por qué siento nostalgia de aquellas fiestas tan archi-herrerenses; Afortunada e increíblemente las celebraciones actuales de La Piedad mantienen la esencia de las fiestas de siempre por lo que doy mi enhorabuena a la Corporación Municipal por el esfuerzo en mantenerlas vivas contra viento y marea.

[Conclusión]

Como dijera en la charla de despedida a los alumnos de 2º de bachillerato con motivo de mi jubilación y que titulé "Carpe Diem", hay que estrujar el instante (que es lo que significa 'carpe diem'), hay que vivir intensamente cada momento de la vida (que no es más que un suspiro por otra parte), no hay que aburrirse jamás sea cual sea nuestra situación...y en especial las fiestas no son sino chispazos de alegría y gozo.

Disfrutad de estas fiestas cuanto podáis sin haceros daño, sin molestar a los demás ni a vosotros mismos, pensando lo divertido que es estar bien y pasarlo bien... pues no sabemos lo que nos deparará el mañana.

¡Carpe Diem! ¡Viva Herrera y los herrerenses!

¡Viva la virgen de la Piedad!

¡Felices fiestas a todos!